

cación a Distancia, considera el nacimiento del constitucionalismo hispanoamericano. Destaca el papel del Estatuto de Bayona y de la Constitución española de 1812 en la inspiración de las constituciones de la América Hispana.

La presentación del Profesor J. B. Amores es una breve síntesis sobre el contenido de los diversos artículos. Se echa en falta que, como especialista en la historia de Cuba, no aporte el estudio de la situación histórica de una de las pocas colonias, que se habría de mantener ligada a España en pleno período independentista.

El conjunto de los trabajos que se recogen, tanto en política, economía, sociedad y desarrollo de las mentalidades, hacen de este libro un instrumento útil para la comprensión del origen del nacionalismo en Iberoamérica. El tema del simposio es de indudable interés por su actualidad, también la aportación de ideas novedosas para entender mejor uno de los períodos más cruciales y hasta ahora menos conocido de la historia de los estados iberoamericanos.

M. Cuesta

José Lucas ANAYA, *La milagrosa aparición de Nuestra Señora María de Guadalupe*. Estudio, edición y notas de Alejandro Gonzales Acosta, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México 1995, 334 pp.

El Seminario de Cultura Literaria Novohispana, nos ofrece un libro de calidad en esta edición del vasto poema del jesuita José Lucas Anaya: *La milagrosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe*, hallado entre viejos documentos por Alejandro González Acosta, investigador infatigable que nos ha dejado estudios serios sobre José María de Heredia, Alfonso Reyes y sobre temas habaneros. Esta edición es paralela a la de la obra

poética de Palafox, que reseñamos también en estas columnas.

El poema de Anaya encontrado en los fondos documentales de la biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, se hallaba en un manuscrito del siglo XVIII, en el cual su autor, un sacerdote jesuita excluido, por razones de grave enfermedad, de la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús, canta las glorias de la Virgen de Guadalupe, sus apariciones en las colinas del Tepeyac y la vida de Juan Diego.

Esta obra es un largo poema de mil octavas reales a las que se adicionan setenta y seis cuartetos, en los cuales destacan «las humildes condiciones de Juan Diego y su pertenencia a la raza indígena, que se convierten por elección divina en dones del espíritu».

En el poema, subraya González Acosta, destacan dos elementos: en primer lugar, la marcada historicidad del mismo, la pasión evidente por reflejar la historia a partir de una visión personal que indica la catequización de un mundo sometido por otro; la mención constante de sucesos; el retrato de personajes rigurosamente históricos; lugares prolijamente descritos; todo en función de aportar verosimilitud a la historia y establecer un principio de autoridad sobre sus afirmaciones. El segundo elemento es la exaltación del culto mariano como símbolo nacional y también la presentación de la figuras de Juan Diego en vistas a su posible, y entonces futura, beatificación.

González Acosta nos informa ampliamente acerca de la personalidad del autor, sus orígenes, su producción religiosa y literaria; hace una estimación del poema desde el punto de vista de su valor literario, de sus calidades intrínsecas. Sitúa a esta obra dentro de la producción guadalupanista de la época colonial y señala sus afinidades conceptuales con otras del mismo género. La inclusión

completa del poema, con abundantes notas, enriquece la bibliografía acerca de la Guadalupeana que, como es notorio, crece de día en día. Merece elogios el estudio que en torno del hasta hoy desconocido poema hace González Acosta, estudio limpio y claro, como toda la edición.

E. de la Torre Villar

Florencio José ARNAUDO, *El año en que quemaron las iglesias*, Editorial Pleamar, Buenos Aires 1995, 223 pp.

La quema de las iglesias en Argentina el año 1955 ha sido uno de los sucesos históricos más fuertes que ha tenido que sufrir la Iglesia católica en su larga historia y, no obstante la magnitud y repercusión que alcanzó, muchos son hoy, aun en las filas eclesiales, los que desconocen los acontecimientos que culminaron con aquel trágico día. Es que la quema de las iglesias, si bien es en lo esencial un capítulo de la campaña desatada contra la Iglesia, es al mismo tiempo, un suceso que ha pesado sobre la conciencia de muchos de los relacionados con el tema, tanto dirigentes como el pueblo. Esto ha influido para que, con posterioridad, desde la propia estructura del partido y, naturalmente, desde el recuerdo de los dirigentes, se haya extendido un manto de silencio. Raros son los que, reconociendo los errores políticos que llevaron a la dirigencia del peronismo, incluido al propio Perón, a ese equivocado e innecesario paso, se hayan atrevido a hablar del tema con posterioridad a la caída política del gobierno. Tanto ha sido el silencio que, en las diversas historias del peronismo, la relación con la Iglesia y en especial las causas que llevaron a las autoridades a dar aquel último paso en la persecución a la Iglesia no han merecido la explicación ni la indagación suficientemente fundada y confiable.

Los mismos actores y protagonistas católicos no se han destacado por haber escrito sus recuerdos ni narrado los sucesos de que fueron testigos. Debido a esa actitud y, además, por caracterizarse por no guardar fidelidad a la memoria histórica, pecado que viene de lejos y del que estamos lejos de haber tomado debida conciencia, la quema de las iglesias como suceso final de una campaña llevada a cabo contra la institución eclesiástica, su culto, su magisterio y sus representantes, no ha ocupado la atención de los historiadores, ni ha sido objeto de una revisión cuidadosa a fin de aprovechar las enseñanzas que se derivan.

Desde el lado del peronismo se han dado a conocer algunos documentos sueltos referidos a esa campaña llevada a cabo en el último período de su gestión gubernativa que aportan cierta luz, aunque no toda la necesaria para emprender una revisión histórica exhaustiva.

No es de extrañar, en consecuencia, que a cincuenta años de los acontecimientos se tenga necesidad de una revisión cuidadosa a fin de aprovechar las enseñanzas que se derivan. Son contados con la mano los historiadores que reconocen que la campaña llevada a cabo contra la Iglesia fue la causa principal de la caída de Perón en 1955, y es aún más reducido el número de los que se han detenido en valorar la reacción que produjo en el sentimiento religioso de la población y la fuerza que otorgó primero a la reacción pasiva y luego a la instancia final de la revolución. También pocos son los que han tenido oportunidad de leer el voluminoso tomo publicado en diciembre de 1955 con el sugestivo título de *Los Panfletos. Su aporte a la revolución liberadora* (Editorial Itinerarium, Buenos Aires, 524 páginas).

Precisamente, relacionado con aquella «guerra de los panfletos», que tanto descon-